



EN EL CENTENARIO DE BALMES

(NUESTRO HOMENAJE)

POR

FRANCISCO ESCOBAR GARCIA

I

SIGNIFICACION DE BALMES

Prematuramente, como retoño segado en flor, se rendía Jaime Balmes a la voluntad soberana el 9 de julio de 1848. Estamos, pues, en una fecha centenaria. Y si bien es verdad que se hacen hombres para los centenarios, también lo es que ha de haber centenarios para los hombres. Por esta vez, concedamos gustosamente que Balmes merece tales honores. Máxime, cuando nuestros tiempos, de supremas crisis ideológicas, que impelen a nuestras generaciones jóvenes a pedir aires puros, confortantes, nos recuerdan a Balmes y aquella patética escena de la estrofa venusina:

.....Fortiter occupa
Portum. Nonne vides ut
Nudum remigio latius
Et malus celeri saucius Africo
Antennaeque gemant, ac sine funibus
Vix durare carinae
possint imperiosius
Aequor..? (1)

(1) (Libro I. od. XIV. Ad Rempublicam).

El materialismo, en efecto, y la terrible sombra de la muerte vista a través del existencialismo estilo heideggeriano cierran los horizontes. El espíritu nacido para la inmensidad, dotado de alas para llegar, como otra águila de Hipona, hasta los íntimos misterios de la belleza infinita e increada, siente asfixia. Hondamente nos afectó este pensamiento que leíamos en LA HORA, semanario de los Estudiantes españoles:

«Está rarificado el ambiente, sin orear, y esta juventud pide, si no es mucho: ¡Un poco de aire, por favor!» (1)

De alguna manera, coincidente con el pensamiento fundamental de A. Carrel:

«Porque los hombres no pueden seguir adelante el curso actual de la civilización moderna. Porque están degenerando. Se han dejado fascinar por la belleza de la ciencia de la materia inerte» (2).

Ahora bien; Balmes puede ser indudablemente, en algunos aspectos fundamentales del pensamiento filosófico, el áncora con que anclar fuertemente en la realidad y desde ésta trascender hasta Dios, reclamado insistentemente por el espíritu.

Porque Balmes, aparte el acierto en elegir la lengua vernácula para desarrollar su grandioso programa de apologista, político, filósofo, etc., tuvo la buena ocurrencia de escribir para que se le entendiese, no preconcebidamente cabalístico, sino fatal de tantas filosofías envueltas en las nieblas y en el orgullo del Septentrión (3). Oscuridades morbosas que en su día inclinaron a Unamuno a dibujar un sistema filosófico por el estilo.

«Yo, dice, dando vueltas a los soportales del campo de Volandín, gorjeaba mis metafísicas embriagado con el perfume del misterio. Compré un cuadernillo de real y con él empecé a desarrollar un nuevo sistema filosófico, muy simétrico, muy erizado de fórmulas, y todo lo laberíntico y embrollado que se me alcanzaba» (4).

(1) Madrid, 28 de mayo de 1948.

(2) *La incógnita del hombre*. Prefacio, pág. 24. Buenos Aires, Juan Gil. 1947.

(3) Dr. García Martínez, Obispo de Calahorra. *Balmes filósofo. Su importancia y significación*. PENSAMIENTO. Número extraordinario. 1947, pág. 7.

(4) *Recuerdos de niñez y mocedad*, pág. 105. Colección Austral. Tercera ed.

El propio Unamuno en efecto que, por otra parte, no pierde ocasión de subestimar a Balmes, hace notar la claridad con que Balmes escribía, explicaba y simplificaba:

«Simplificaba todo lo que criticaba—dice—, ganando la discusión en claridad, etc.» (1)

Finalmente, Balmes es un auténtico representante de la filosofía española (2) la cual tiene como característica fundamental el doble plano de lo real y lo ideal; el mundo concreto y el de la abstracción; el de la materia y el del espíritu. Lo revela nuestra mística, nuestra literatura, nuestro arte: santa Teresa que encontraba a Dios entre los pucheros, el Greco en la doble perspectiva de sus creaciones, Cervantes en don Quijote y Sancho, Lope trabado en mil lances pasionales, pero poniendo en los puntos de su pluma toda la poesía de los más altos valores del espíritu.

En efecto, desde que el filósofo vicense llegó a descubrir los fundamentos epistemológicos, que también a él le preocuparon hondamente (3), como a Descartes y a San Agustín, desplegó las velas de su navegación filosófica, atento siempre a las dos fuentes principales del conocimiento: la razón y la experiencia, edificando su filosofía sobre lo experimentable (física) y lo inferible a partir de lo experimentable (metafísica). Dos planos que serán la eterna solución:

«De una parte—dice—los datos suministrados por la experiencia, y de otra las verdades generales y necesarias, forman el enlace constitutivo de una ciencia positiva, la cual nos guía con entera seguridad al conocimiento de objetos no sometidos a experiencia inmediata». (4)

(1) *Ib.*, 104.

(2) La Filosofía propiamente no es española, ni europea, ni cristiana, ni árabe... Porque la Filosofía, es en orden a la verdad, camino y meta. Y la verdad trasciende el espacio y el tiempo. Sin embargo, la verdad, al pasar a ser humana, se tiñe de lo humano, que es todo aquello.

(3) Cfr. *Obras completas*. Vol. X, pág. 17.

(4) *O. c.*, Vol. XVIII, cap. XVI, pág. 100.

II

EL MOMENTO BALMESIANO

Interesa sumamente darse cuenta de la atmósfera filosófica que respiraba el primer tercio del pasado siglo, para enjuiciar más exactamente el mérito de Balmes. En Europa, por este tiempo, el último grito eran las *Críticas* kantianas (1) que habían venido a anular, pretendiendo fundirlos, los *Ensayos* de Locke y Leibnitz, y la *Investigación sobre el entendimiento humano*. Por consiguiente, la desconfianza radical en la razón, por una parte, o en la analítica pura, por otra, desembocaban en el tercer estadio de Comte, o en la identidad entre el ser puro y la nada pura de Hegel.

Mientras tanto, en otros sectores crecía el culto a la voluntad, siendo, por eso, Schopenhauer el gran ídolo de Nietzsche, hasta que aquél fué superado por éste cuando trascendió en afán de independencia y deificación del Superhombre, las fronteras del bien y del mal.

Por lo que a España se refiere, el sopor filosófico era la tónica de aquellos tiempos. Únicamente la Universidad cervariense bostezaba las triviales rivalidades que dice el P. Roig y Gironella en el apéndice a la Historia de la Filosofía del P. F. Klimke:

«En el seno de la Universidad de Cervera se desarrollaban simultáneamente tres direcciones ideológicas: una de ellas, encerrada en un formulismo sin vida y en estériles discusiones, no tenía más horizontes que la escolástica decadente del siglo XVIII; otra, atenta solamente a hacer moña de la anterior... etc.» (2).

«Nuestro filósofo respiró un ambiente francamente adverso, y más aún, despectivo hacia la escolástica debido al desprecio que de ella hacía el Enciclopedismo y la Ilustración, y que había llegado a contagiar a los mismos que por tradición y por razón de sus cargos debían haber seguido siendo escolásticos. Así, por ejemplo, en Cervera el ponderado Canciller Dou escribe a su amigo el P. Benito Rafols: «Algunos seminarios enseñan un curso peripatético de Amat.

(1) La *Crítica de la razón pura* fué editada en 1781 y reeditada por el propio Kant, con notables alteraciones, en 1787.

(2) Barcelona, 1947, pág. 829.

¿Qué dirán los extranjeros? Yo en mis tiempos fui peripatético, como la gente de aquella edad; pero ahora he francamente apostado». Incluso corría una literatura profesional de este menosprecio. Ejemplo. «Oración fúnebre dicha en las exequias del ente de razón», precio 0,25 pesetas; epitafio: «Aquí yace la nada entre dos platos». Fuera del ambiente eclesiástico y tradicional todavía era peor. Baste recordar la «Oración fúnebre que en las exequias de la Materia Prima hizo el bachiller don Francisco Burlón», publicada en el periódico manuscrito de la Sociedad Filosófica de Barcelona. Dicha oración fúnebre terminaba con el siguiente epitafio: «Hic iacet nobilis materia prima, qualitativus sensibilibus etsi insensibilis stipata; alii in coelo, alii in terra, alii in intellectu, prudentiores vero in letrina collocaverunt» (1).

Cuando otro día, tres siglos justos antes, la escolástica decadente se entretenía en inútiles formulismos, al margen de la vida y de las ciencias físicas y naturales, surgió en España Vives para conjurar el peligro con que amenazaba un renacimiento pagano, y Vives tuvo la virtud de salvar las esencias tomistas—y por consiguiente las directrices fundamentales de la Filosofía perenne—aunque abjurando de muchas cosas, entre otras, del método tradicional del *magister dixit*, sustituyéndolo por el experimental, viniendo a ser un precursor de Bacon, con enormes influencias en Descartes, principalmente en el célebre tratado sobre las pasiones (2).

Temperamento y genio filosófico también, Balmes sintió la responsabilidad de su hora, (3) previó la ruina de los más altos valores, ante el escepticismo o el sensismo que traían los vientos de allende el Pirineo, y, él sólo, emprendió la tarea de poner luz en las tinieblas y orden en el caos filosófico. Observando los puntos inadmisibles de la filosofía decimonónica, se dió con todo el ardor de su espíritu a salvar las esencias de la filosofía, siendo no poca parte en el surgir del neo-escolasticismo que iba a proliferar en Roma y en Bélgica.

En efecto, cuando Balmes publicaba su *Filosofía Fundamental*, se

(1) Camilo Riera. *Pensamiento*. Núm., extraord., pág. 32.

(2) Cfr. A. de Linera. *Introducción a la Filosofía*. Madrid, 1944, pág. 33.

(3) «Prevenir un grave peligro que nos amenaza—dice—, el de introducirsenos una filosofía plagada de errores trascendentales». Prólogo, pág. 13.

entregaban a la labor restauradora de la Escolástica los hermanos Sordi y el P. Taparelli en Roma. Estos, que ya conocían a nuestro filósofo por *El Protestantismo...*, se disputaban—al decir del P. Casanova—el único ejemplar de aquella nueva publicación, y el P. Taparelli se enternecía ante la posibilidad de tratar personalmente a Balmes, cuando se habló de un viaje a Roma del publicista español (1).

Por lo que se refiere a Lovaina, véase lo que del Dr. Mercier dice el Dr. Cardó «En esta materia—Teoría del conocimiento—Mercier se limitó a reproducir la orientación balmesiana» (2).

A la mano tenemos la Historia de la Filosofía del P. Federico Klimke, el cual enjuiciando, desde Alemania, la labor de nuestro filósofo dice:

«Ilustre restaurador de la Filosofía cristiana en España es el sacerdote Jaime Balmes. Sus obras... contribuyeron no solo en España, sino también en Alemania, al conocimiento y aprecio del Escolasticismo (3).

Otra característica en que Balmes acusa profundos rasgos españoles, como Vives, es que, como éste, Balmes nunca juró *in verba magistri* (4), como tampoco lo hicieron San Agustín, Santo Tomás, Suárez y otros. Elocuentes por demás son sus manifestaciones: «Necesita el hombre guías, y este servicio le prestarán las obras magistrales. Más no se crea que debe entenderse condenado a ciego servilismo y no haya de atreverse a discordar nunca de la autoridad de sus maestros; en la milicia científica no es tan severa la disciplina que no sea lícito al soldado dirigir algunas observaciones al jefe... (5). Si a causa de la debilidad de nuestras luces estamos precisados a valernos de las ajenas, no las recibamos tampoco con innoble sumisión, no abdicuemos el derecho de exami-

(1) C. Riera, loc. cit., pág. 34.

(2) Cardó, C. *La influencia de Balmes en el renacimiento de l'Escolástica*, pág. 15.

(3) Historia de la Filosofía. Barcelona, 1947, pág. 781.

(4) Dr. García Martínez, loc., cit., pág. 7.

(5) *El Criterio*. Cap. XVIII, párrafo I, pág. 134.

nar las cosas por nosotros mismos; no consintamos que nuestro entusiasmo por ningún hombre llegue a tan alto punto, que, sin advertirlo, le reconozcamos como oráculo infalible. No atribuyamos a la criatura lo que es propio del Creador». (1).

III

LINEAS BALMESIANAS FUNDAMENTALES

Una característica muy acusada en el método balmesiano es la sensatez, la cordura, el equilibrio o armonía con que procede en toda investigación. No sin razón es Balmes el filósofo del *sentido común*. Medio entre el racionalismo de Descartes o de Leibnitz, para quienes solamente la razón es punto de apoyo en la inquisición de la verdad, y la dirección pascaliana de la corazonada, tan cara a Unamuno, por ejemplo, como lo fuera a Kierkegaard o a Nietzsche, Balmes coloca la clave del éxito de las investigaciones en la armonía de todos los medios que Dios puso en el hombre para conocer. Claras y elocuentes son las palabras de Balmes en *El Criterio*:

«...Al hombre le han sido dadas muchas facultades. Ninguna es inútil. Una buena lógica debiera comprender al hombre entero, porque la verdad está en relación con todas las facultades del hombre. Cuidar de la una, y no de la otra, es a veces esterilizar la segunda y malograr la primera. El hombre es un mundo pequeño; sus facultades son muchas y muy diversas; necesita armonía con atinada combinación, y no hay combinación atinada si cada cosa no está en su lugar, si no ejerce sus funciones o las suspende en el tiempo oportuno. Cuando el hombre deja sin acción alguna de sus facultades, es un instrumento al que le faltan cuerdas. Cuando las emplea mal, es un instrumento destemplado. La razón es fría, pero ve claro; las pasiones son ciegas, pero dan fuerza...» (2)

(1) Ib. párr. II. pág. 136. Suyas son también estas afirmaciones: «El respeto debido a los grandes hombres no ha de rayar en culto, ni la consideración a sus dictámenes degenerar en ciega sumisión. Por ser grandes hombres no dejan de ser hombres, y de manifestarlo así en los errores, olvidos y defectos de sus obras. «Summi enim, sunt homines tamen» decía Quintiliano». (Ib., nota 14 a la página 111).

(2) Col. Austral. Cap. XXII. párr. LX, pág. 247.

Por extraño que parezca, Balmes y Unamuno comienzan sus más representativas producciones filosóficas con idéntico criterio: *pensar como hombres*. El catedrático de Griego de la Universidad de Salamanca abre, en efecto, el primer capítulo de su obra: *Del sentimiento trágico de la vida*, haciendo propia la frase de Terencio: *homo sum, humani nihil a me alienum puto*, reformándola, al sustituir *humanum* por *hominem*. «El hombre de carne y hueso, dice, el que nace, sufre y muere—sobre todo muere—el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre a quien se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano» (1).

Balmes, a su vez, había escrito en las primeras páginas de su *Filosofía Fundamental* esta célebre frase: *si no puedo ser filósofo sin dejar de ser hombre, renuncio a la filosofía y me quedo con la humanidad* (2).

Pero el paralelismo se quiebra a las primeras de cambio. El irracionalismo de Kierkegaard y el de Nietzsche y el de Bergson habían seducido hondamente a nuestro don Miguel. Pocas líneas más abajo de aquellas que poco ha citábamos, escribe:

«El hombre—dicen—es un animal racional. No sé por qué no se ha dicho que es un animal afectivo o sentimental. Y acaso lo que de los demás animales le diferencia sea más el sentimiento que la razón. Más veces he visto razonar a un gato que no reír o llorar. Acaso llore o ría por dentro, acaso también el cangrejo resuelva ecuaciones de segundo grado» (3).

Lógica y cardíaca son antitéticos, según Unamuno, y él se queda con la segunda (4).

Balmes, por el contrario, consecuente con su postulado, pone a contribución todas las facultades del hombre: sensibles, racionales, afectivas. Todo el hombre, en una palabra, Por demás demos-

(1) Colecc. Austral. Tercera edición, pág. 7.

(2) *Filosofía Fund.*, vol. XVI, Libr. I, cap. XXXIV, pág. 347 de las Obras completas.

(3) Pág. 8.

(4) *El Pensamiento filosófico de Unamuno. Filosofía existencial de la inmortalidad*, por Miguel Oromí, Franciscano. Madrid, 1943.

trable cuanto a las dos primeras manifestaciones, véase por estas líneas que tomamos de la «Filosofía elemental» el lugar que concede al sentimiento:

«A más de la sensibilidad interna, que podríamos llamar representativa, tenemos otra que denominaremos afectiva. Esta no nos ofrece objetos, sino que nos pone en relación con ellos, inclinándonos o apartándonos de los mismos. A un padre le ocurre la imagen de su hijo que se halla viajando por países remotos; en esto se ve el ejercicio de la imaginación representando. Al recordar a su hijo experimenta el padre una impresión de tierno amor hacia él, un deseo de verle, de abrazarle antes de bajar al sepulcro; aquí se ve el ejercicio de una facultad no representativa, sino afectiva, que no ofrece un objeto, sino que inclina hacia él.

En los objetos de los sentimientos y en el modo con que nacen en nuestra alma se ve lucir una facultad superior a la puramente sensitiva. El sentimiento sublime de lo bello, el amor de la Patria, de la virtud, la admiración por las grandes acciones, el entusiasmo y otros sentimientos semejantes, no pueden encontrarse en un ser que no comprenda un orden de cosas muy superior al sensible.

Es de notar que aún aquellos sentimientos de que parecen participar los brutos, como el amor maternal, se hallan en el hombre con una costancia, y, sobre todo, con una grandeza y dignidad, que los hace de un orden más elevado. Mientras los animales no conservan su afecto hacia los pequeñuelos sino por el tiempo en que éstos no pueden acudir a sus necesidades, la madre entre los hombres, no pierde el cariño a sus hijos en toda su vida; y al paso que en los brutos este amor tiene por único objeto la conservación, en la mujer se combina con mil sentimientos que se extienden a todo el porvenir del hijo y que engendrando continuamente el temor y la esperanza llenan de amargura el corazón de la madre o le inundan de gozo y de ventura» (1).

Con justicia, pues, se puede decir que Balmes filosofa como hombre. Que no hizo traición a su lema: *si no puedo ser filósofo sin dejar de ser hombre, renuncio a la Filosofía y me quedo con la humanidad*. Con razón escribe el padre Gironella en el Apéndice a la Historia de la Filosofía de F. Klimke: «Si quisiésemos condensar en un epíteto su carácter como filósofo, no encontraríamos otro mejor que el que le tributó el doctor Plá y Deniel en el Congreso celebrado para conmemorar el centenario de su nacimiento en Vich (1911), cuando llamó a Balmes *Doctor Humanus*».

(1) *Filosofía elemental*. Ediciones ibéricas. Madrid, 1942, págs. 177-78.

Las líneas maestras en la construcción balmesiana apuntan evidentemente hacia un doble objetivo: taponar, primeramente, la brecha que en el plano gnoseológico determinaba la *Crítica de la razón pura*, de Kant, para librar a la humanidad del escepticismo, y en segundo término, asentar sobre roca viva la moralidad de los actos humanos, para reparar el desastroso influjo del imperativo categórico de la *Crítica de la razón práctica* que, queriéndolo Kant, o sin quererlo, tan maravillosamente hacía el juego al postulado inicial del protestantismo. Por eso, lo más valioso de la filosofía de Balmes radica, sin duda, en el *Tratado de la certeza* y en los primeros capítulos de su *Ética*.

§ 1

LA CERTEZA

De los cuatro volúmenes que en las Obras completas contienen la *Filosofía fundamental*, dedica Balmes íntegramente el primero a desarrollar su Teoría del Conocimiento. La labor del filósofo vicense viene a comprender dos facetas: una, de refutación serena, objetiva, ausente de pasión, pero firme y bien trabada, de la postura kantiana; la otra, constructiva, para avalar la certeza.

Respecto de la primera, parécele a Balmes absurdo que la razón critique sus propias posibilidades. Porque ¿en nombre de quién ha de criticar y justificar? Si se parte del supuesto de que es incapaz ¿qué validez han de tener sus conquistas? Por eso, con razón escribe esta tajante frase: «La crítica de la razón pura es la ruina de toda razón; ésta se examina a sí propia para suicidarse, o sea para convencerse de que en sí no contiene nada positivo» (1).

Es lo que modernamente escribe Carreras Artau (Joaquín) en su libro *Teoría del conocimiento y Ontología*:

«Kant ha pretendido que a toda investigación filosófica precediera la justificación, por vía reflexiva, de la capacidad cognoscitiva de la mente, sin caer en la cuenta de que aquella justificación ya supone esta capacidad. Porque sin fiar

(1) O. c., vol. XVIII, cap. XVI, pág. 101.

de antemano en la razón ¿con qué derecho daremos por válida la justificación que ella puede darnos? La precaución de Kant, de tan infantil, recuerda la de aquel aspirante a nadador, que, por no correr el riesgo de ahogarse, resolvió aprender a nadar antes de echarse al agua» (1).

Ahora bien; la labor positiva de Balmes, que a nuestro juicio fué definitiva, pues el escepticismo está hoy superado—filosofía de la hetero y auto-relación—estriba en desarrollar a ciencia y paciencia, con la lozanía de su pluma ágil, con la claridad suya específica en los análisis, con objetiva serenidad las fuentes de la certeza, estudios que no encontramos mejorados en las actuales disquisiciones del conocimiento, salvo matices de erudición o detalles metodológicos.

Nosotros solamente queremos notar que, si bien en las certezas espontáneas Balmes es optimista, admitiendo como fuentes puras la conciencia, el sentido íntimo, los sentidos exteriores, el sentido común, la autoridad..., sin embargo en la certeza reflexiva, la propiamente filosófica, no es tan superficial y dogmático como pudiera creerse. Influidó por el espíritu matemático y por las lecturas de Descartes y Leibnitz, el criterio de certeza definitivo es la razón, que por dialéctica bien trabada busca su último reducto en el principio de contradicción. De manera, que para Balmes, en última instancia, es dicho principio la piedra filosofal. Es propio de toda filosofía realista, pero acaso ningún filósofo lo esgrima con tanta frecuencia, habilidad y éxito. El propio Balmes declara su suprema fe filosófica en el principio citado. Véanse sus afirmaciones:

«El principio de contradicción, condición indispensable de toda certeza, de toda verdad, y sin el cual así el mundo externo como la inteligencia se reducen a un caos... etc.» (2).

«Sea cual fuere el objeto... siempre se verifica que el ser excluye al no ser y el no ser al ser, siempre se verifica la absoluta incompatibilidad de estos dos extremos...» (3).

(1) Barcelona, 1942, pág. 67.

(2) O. c., vol. XVIII, Cap. XVI, pág. 98.

(3) Ib.

Por eso, y es curioso, al hablar de las certezas espontáneas, insensiblemente arguye con aquel principio. Que un triángulo no es un cuadrilátero es una certeza espontánea, nos lo demuestra de la siguiente manera:

El diálogo se establece entre un filósofo y un niño:

—¿Ves esta figura que se cierra con las tres líneas? Esto se llama triángulo: las líneas tienen el nombre de lados, y esos puntos donde se reúnen las líneas se apellidan vértices de sus ángulos.

—Lo comprendo bien.

—¿Ves esa otra que se cierra con cuatro líneas? Es un cuadrilátero; el cual, como el triángulo, tiene también sus lados y sus vértices.

—Muy bien.

—¿Un cuadrilátero puede ser triángulo o viceversa?

—No, señor.

—¿Jamás?

—Jamás.

—¿Y por qué?

--¿No ve usted que aquí hay cuatro y aquí tres lados? ¿Cómo pueden ser una misma cosa?

—Pero ¿quién sabe...? A tí te lo parece... pero...

—No, señor, ¿no lo ve usted aquí? Este, tres; ese otro, cuatro: no es lo mismo cuatro que tres (1).

Como postrer botón de muestra sobre el valor demostrativo del principio de contradicción, aducimos un razonamiento de orden filosófico del propio Balmes. Se trata de asentar la realidad de las verdades necesarias, con independencia de nuestro yo. Dice Balmes:

Si interrogamos a nuestra conciencia sobre las verdades necesarias, notamos que lejos de pretender o fundarlas o crearlas, las conoce, las confiesa independientes de sí misma. Pensemos en esta proposición: Es imposible que, a un mismo tiempo, una cosa sea y no sea, y preguntémosnos si la verdad de ella nace de nuestro pensamiento; desde luego la conciencia misma responde que no (2).

Por eso, es el dilema, expresión del ser o no ser, el arma predicta de nuestro filósofo.

(1) O. c., vol. XVI, pág. 33.

(2) O. c., vol. XVI, pág. 76.

Después de esto ¿cómo se ensanchan los horizontes del pensamiento y del corazón, cuando se leen aquellas magníficas observaciones que sobre la verdad pone en *El Criterio*:

«La verdad en las cosas es la realidad. La verdad en el entendimiento, es conocer las cosas como son. La verdad en la voluntad es quererlas como es debido, conforme a las reglas de la sana moral. La verdad en la conducta, es obrar por impulso de esta buena voluntad. La verdad en proponerse un fin, es proponerse el fin conveniente y debido, según las circunstancias. La verdad en la elección de los medios, es elegir los que son conformes a la moral y conducen al fin. Hay verdades de muchas clases, porque hay realidad de muchas clases; hay también muchos modos de conocer la verdad... Al hombre le han sido dadas muchas facultades... Una buena lógica debiera comprender al hombre entero, porque la verdad está en relación con todas las facultades del hombre...» (1).

§ II

LA ETICA

Fué a Ockam a quien se le ocurrió pensar que el mal o el bien morales dependen de la voluntad divina, ditetriz recogida por los moralistas ingleses del s. XVIII defensores de la heteronomía (2). Errónea en sus cimientos, esta ética cobraba, no obstante, firmeza y valoración absoluta *in actu diviso* de la voluntad divina. Más graves y peligrosas consecuencias reportaría la ética autónoma relativista, empirista o utilitarista, cuya suprema norma de moralidad, descendiendo del plano de la inmutabilidad divina, se asentase en el libro de caja.

Es indudable que Kant volaba a más altura que Jeremías Bentham o Stuart Mill, porque el filósofo de Köenisberg, influído, quizá, de la certeza natural de que la ley divina va reflejada en el corazón humano, y pensando que en lo fundamental o metafísico (?) todos los hombres son iguales, aventuró como regla o norma suprema de moralidad el imperativo categórico supremo: *Obra de tal*

(1) Colecc. Austral. Cap. XII, Párr. LX, pág. 247.

(2) A. Alvarez de Linera. *Introducción a la Filosofía*, cap. XI, pág. 501.

manera que tu conducta pueda ser tomada como ley general, formulado por Kant con esta frase: *No procedas nunca de modo que no puedas querer que tu máxima se transforme en una ley general*, y también: *Obra de tal forma, que la máxima de tu voluntad en cada instante pueda servir a la vez como principio de una legislación universal*.

Sin embargo, pese a sus mejores intenciones, que acaso no le faltasen, el autor de la *crítica* dió el tremendo salto: el de situar como punto de apoyo de la moral la conciencia, con todos sus flujos y reflujos. La validez universal de la norma suprema periclitaba en su misma raíz. Muy pronto proliferó esta dirección autónoma en las mil variantes de la ética subjetiva hasta culminar en la deificación humana, preconizada en Schopenhauer y dada a luz entre alaridos de locura por F. Guillermo Nietzsche.

Consciente Balmes de la trascendencia del subjetivismo moral, escribió su *Ética*, notable por el análisis paciente, sereno y objetivo de la norma suprema de moralidad. No es que el filósofo vicense haya descubierto cielos nuevos y tierras nuevas para la moral cristiana. De alguna manera estaba todo dicho.

El Doctor angélico, en efecto, en la cuestión XIX de la *Prima secundae* toca lo más medular en orden a la regla suprema de moral y contesta afirmativamente a este interrogante que pertenece al artículo cuarto de la referida cuestión: *Si la Bondad del acto depende de la ley eterna?* (1).

Sin embargo, Balmes pone tres notas muy suyas y útiles en la doctrina:

- 1.º La claridad de conceptos, que, como dijimos es patrimonio de su pluma.
- 2.º El análisis de los posibles errores y refutación de ellos, uno por uno, principalmente del utilitarista, el más extendido y admitido en tiempo de nuestro filósofo, y
- 3.º La clara exposición de la naturaleza de la ley eterna, hasta llegar a puntualizar que no es la voluntad de Dios, sino la divina

(1) Cfr. *Summ Theológica*, I. c., o.

naturaleza (esencialmente inmutable) la norma suprema de toda moralidad. Lográndose así descubrir el error que late en la doctrina de Guillermo de Ockam, y estableciendo el cimiento metafísico universalmente válido para la moral universal.

Breve es el Tratado que comentamos, pero substancioso de verdad. Ya el propio Balmes, en el Prólogo, afirma: *Fácil me hubiera sido escribir un grueso volumen de ética o filosofía moral, es materia en que las riquezas abundan, y se las puede tomar de otros, sin que se conozca el plagio, pero he preferido reducir el tratado a pocas páginas, ya porque lo requiere el género de la obra, ya también porque las ideas, para germinar, conviene que no estén desleídas* (1).

No queremos poner punto a estas notas sobre la *Etica balmesiana*, sin citar algunos párrafos de los más interesantes.

A propósito de que es necesaria una *Regla fija* respecto de la cual los actos son buenos o malos, según que se conformen a ella o no, ataca el subjetivismo con destreza sin igual, diciendo:

«Esta regla no depende del arbitrio de los hombres: las acciones no son morales o inmorales porque se haya establecido así por un convenio, sino por su íntima naturaleza. ¿Podrían los hombres haber hecho que la piedad filial fuese un vicio y el parricidio una acción virtuosa; que el agradecimiento fuese malo y la ingratitud buena, que fuera vituperable la lealtad y laudable la perfidia, que la templanza mereciese castigo y la embriaguez fuera digna de premio? Es evidente que no, las ideas de bien y de mal convienen, naturalmente a ciertas acciones, nada puede contra eso la voluntad del hombre. Quien afirme que la diferencia entre el bien y el mal es arbitraria contradice a la razón, al grito de la conciencia, al sentido común, a los sentimientos más profundos del corazón, a la voz de la humanidad, manifestada en la experiencia de cada día y en la historia de todos los tiempos y países» (2).

Sentada, pues, la necesidad de una regla fija, eternamente igual a sí misma, véase con qué firmeza y clarividencia manifiesta que solamente en Dios se halla.

«Precisados a salir del hombre para buscar el origen de lo moral, y siendo claro que hemos de encontrar la misma insuficiencia en las demás criaturas, es necesario que le busquemos en la fuente de todo ser, de toda verdad y de todo bien: Dios» (3).

(1) *Filosofía elemental*. Ediciones ibéricas. Prólogo, pág. 379.

(2) *Ib.*, cap. III, pág. 386.

(3) *Ib.*, cap. X, pág. 404.

Y ahora, la aclaración que echa por tierra la posición ocamista y de sus seguidores:

«Pero queda todavía la dificultad sobre el sentido de la doctrina que pone en Dios el origen de las verdades morales. ¿Se entienden que dependan de su libre voluntad? No. Porque de esto se seguiría que lo bueno sería bueno, y lo malo, malo, solamente porque Dios lo había establecido, de suerte que, sin mengua de su santidad hubiera podido hacer que el odio de la criatura al Creador fuese una virtud y el amor un vicio, que el aborrecer a todos los hombres fuese una acción laudable y el amarlos, vituperable. ¿Quién puede concebir tamaños delirios?... ¿Cuál es, pues, el atributo de Dios o el acto que concebimos como bondad moral, como santidad? No es su inteligencia, ni su poder, sino el amor de su perfección infinita. El acto moral por esencia, el acto constituyente por decirlo así, de la bondad moral de Dios, o sea de su santidad, es el amor de su ser, de su perfección infinita, más allá de esto nada se puede concebir que sea origen de la moral, más puro que esto no se puede concebir nada en el orden moral. El amor con que Dios se ama a sí mismo es la santidad, es, por decirlo así, la santidad viviente. Todo lo que hay de moralidad real o posible dimana de aquel piélagó infinito» (1).

Establecida esta maravillosa doctrina, ya le es fácil a nuestro autor entrar con paso seguro por el campo de las definiciones:

«La moralidad absoluta y esencial es la santidad infinita, o sea el acto con que Dios ama su perfección. La moralidad en los seres creados es el amor de Dios explícito o implícito. El amor explícito es el mismo de amar a Dios; este es el acto moral por excelencia. El amor implícito es el amor del orden que Dios ama en sus criaturas. El orden moral es el orden en las criaturas en cuanto amado por Dios. Bien moral relativo y finito, es lo que pertenece al orden amado por Dios en las criaturas en cuanto es realizable por seres inteligentes y libres. Mal moral es lo que es contrario al orden amado por Dios, en cuanto la contradicción es realizable por criaturas libres» (2).

IV

RESONANCIAS BALMESIANAS

Si Balmes fuera francés o alemán, por ejemplo, su nombre brillaría como astro de primera magnitud en todas las Historias de la Filosofía; (3) pero, al no serlo, la sordina

(1) *Ib.*, pág. 405.

(2) *Ib.*, cap. XII, pág. 408.

(3) No dejé de contristar nuestro espíritu el que, al hojear hace dos días la reciente Historia de la Filosofía, por Emile Bréhier, hubiésemos constatado que ni en el índice de nombres esté escrito: *Balmes*.

acompaña su nombre. Pero así y todo, sus ideas hallaron eco, no solamente en los campos afines del pensamiento, sino también en nuevas direcciones.

Concretamente queremos hacer referencia a las resonancias que hallamos en Bergson, cuya doctrina de la *intuición* y del *devenir* forman el núcleo de su sistema. Y hacemos esa referencia porque, afirmada por el célebre autor de *L' Evolution créatrice* la inanidad del conocimiento por conceptos, y la auténtica del conocimiento por intuición, no nos suena a nada nuevo, después de leer a nuestro filósofo, el cual no solamente afirma ese modo de conocer, sino su extraordinaria eficacia. «La perfección de la inteligencia trae consigo la extensión y la claridad de sus intuiciones; cuanto más perfecta sea, será más intuitiva...» (1).

Doctrina de Bergson es ésta:

«De aquí que la teoría del conocimiento no ha de atender solo a la inteligencia, sinó también a la intuición... asegurando a cada uno su propio objeto: a la intuición la vida y a la inteligencia la materia» (2).

Palabras que parecen el doble de estas de Balmes:

«¿Por qué no podríamos decir que la presencia del sentido íntimo, la conciencia de sí propia, es toda la intuición que el alma puede tener de sí misma? (3) Como toda inteligencia tiene conciencia de sí propia y puede fijar su atención sobre sus actos, el espíritu humano conoce los suyos intuitivamente» (4).

Finalmente, acerca de la naturaleza del alma leemos conceptos tan parecidos que no nos substraemos a la tentación de darlos al

(1) Balmes. O. c. Vol. XVIII cap. XVII, pág. 103.

(2) *Abreviatura de la evolución creadora de Henri Bergson*, por Fernando Vel. Buenos Aires, 1947, pág. 21.

(3) Balmes. O. c. Vol. XIX, cap. VIII, pág. 137.

(4) *Ib.*, XVIII, XVI, pág. 105.

lector en forma sipnótica, para que también él pueda apreciar estrechas semejanzas.

...¿Quién sabe si podríamos decir que no hay otra intuición del alma que la que tenemos ahora; que ella, en sí misma, en su entidad una, simple, es esta misma fuerza que sentimos; que esta misma fuerza es el sujeto de las modificaciones, que es la sustancia sin que sea preciso escogitar otro fondo muerto, digamoslo así, en que resida esta fuerza? ¿Por qué debemos imaginar otro *substratum* (1) en que se apoye? Y si esto fuera así, si fuese aplicable a la substancia del alma lo que pensaba de todas las substancias el gran Leibnitz haciendo consistir la idea de substancia en la idea de fuerza ¿por qué no podríamos decir que la presencia del sentido íntimo, la conciencia de sí propia, es toda la intuición que el alma puede tener de sí misma?» (2)

«No existen, pues, estados separados, sino estados que varían en sí mismos, y se continúan en una fluencia sin fin. Ahora bien, al separarse artificialmente los estados, la atención necesita unirlos por un lazo artificial y a este efecto imagina un yo (3) amorfo, indiferente, sobre el cual aquellos desfilarian o se enfilearían como las multicolores perlas de un collar. Pero si nuestra existencia se compusiera de estados separados que un yo impasible tuviera que unir, no habría duración para nosotros, el yo que no cambia no dura» (4).

Estamos seguros de que Balmes no suscribiría en bloque la filosofía bergsoniana, pero ello no es óbice para que de las ideas lu-

(1) Subraya el propio Balmes.

(2) Balmes. O. c., vol. XIX, cap. VIII, pág. 137.

(3) Subraya el propio autor.

(4) *Abreviatura de la evolución creadora de Bergson*, por Fernando Vela, Buenos Aires, 1947, pág. 26.

minosas que brillan en las obras del filósofo vicense se haya podido beneficiar Bergson, aunque no aparezca en sus escritos la cita de nuestro filósofo.

Un día también escribió el poeta de Mantua estas lamentaciones:

Hos ego versiculos feci, tulit alter honores.

Sic vos, non vobis...